

LUCILA TENÍA UN SECRETO.

Sandino.

Cada Diciembre, a mediados, llegaba a la Isla algún navegao, llevado por una familia del lugar que, de costumbre, pasaba las Pascuas y fin de año en la casa de los parientes o en la propia, que permanecía desocupada el resto del año. Enseguida aquella casa se llenaba de vecinos que daban la bienvenida, y de muchachos que buscaban hacer amigos para conocer algo de tierra firme, aunque fuera en relatos. Si en el grupo recién llegado había una muchacha bonita, enseguida todo mocetón la quería como novia y, aunque nunca le hablara, pasaba las noches soñando con tener su romance vacacional. Lo mismo sucedía si había un muchacho ya formado, y en ambos casos desfilaban por el frente de aquella casa, montones de jóvenes, con alguna excusa, tan solo para sentir el fresquito que recorre el cuerpo cuando la mirada captura lo buscado. Aquella vez el carro por puesto solo dejó un pasajero frente a la casa de Manuela, que había estado cerrada desde el carnaval pasado cuando ella murió, y como no fue posible localizar algún familiar para que se hiciera cargo de los gastos, hubo que enterrarla por caridad. Desde entonces nadie había hecho presencia, y la casa permanecía sola, sin seguro en las puertas, sin aseo en el patio y sin poda en las plantas.

Una joven estirada, pelo hasta los hombros, traje ceñido hasta un poco más abajo del entrepiernas, y una cara tan hermosa que no dejaba dudas de ser citadina, abrió el portillo del jardín y entró a la casa tan de prisa que nadie logró verla, aunque al día siguiente ya todo el mundo hablaba de la sobrina, o la nieta, o quizás la hija menor de Doña Manuela,

que se había ido desde muy niña con una familia que vino de turista una vez y más nunca volvió.

Al día siguiente hizo limpieza y caminó hasta la bodega para comprar provisiones. En el trayecto se abrieron todas las ventanas y decenas de ojos la escoltaron en la ida y el regreso. Muchachos descalzos en las calzadas, jóvenes despeinados en las aceras, hombres solteros en los bancos de la plaza. Todos, embobados, la recorrían de arriba abajo, y alguno juró por su madre que la había visto en televisión. Mucho tiempo después, se supo que la muerte de Aquilino había sido provocada por un flechazo que le traspasó el corazón, y que Candelario quedó encantado y desde aquel día se negó a comer. Surgieron discusiones entre las parejas de novios y en más de una familia asomó la cara el fantasma del divorcio.

La rocola del bar se llenó de canciones románticas y cada tarde algún joven terminaba abrazado a ella llorando y tomando como propia la historia referida por el bolerista.

A la casa de Manuela empezaron a llegar botellas de leche de vaca recién ordeñada, racimos de cambur para madurar, verduras frescas y hasta un ramo de flores arrancadas de los jardines ajenos. Todo eso amanecía al lado de la puerta principal. Los paredones de los patios se llenaron de grafitis con frases sacadas de cancioneros y poemarios.

Los serenateros pernoctaban en los alrededores, a la caza de algún ruido o encendido de luz que les diera señal de que estaba despierta, y ahí arrancaban como una orquesta única. Fue tanto el ensayo que llegaron a entonar melodías tan acopladas que de lejos parecía un coro sinfónico y a veces, algunos de ellos, sin acordarlo, cantaban la misma pieza y ahí mismo sonaba como una rondalla. De esos encuentros salieron dos grupos musicales que, por años, acapararon todos los contratos para amenizar los bailes de las fiestas patronales.

La calle se llenó de ciclistas que al pasar frente a la casa de Manuela hacían piruetas con su bicicleta, patinadores que daban saltos de muerte, maromeros que se volvieron expertos en hacer la vuelta canela, y malabaristas que sin saber cómo, dominaban hasta cuatro mandarinas en el aire.

Los estrenos para el veinticinco se adelantaron, y cada quien empezó a lucir su percha nueva y sus zapatos lustrados, sin perder ocasión. Los vendedores de perfume contrabandeado agotaron sus haberes y hubo que recurrir a las marchantas que conservaban algunas fragancias o esencias para rematarlas en los rituales de fin de año.

En la misa de gallos el cura notó la ausencia de jóvenes y fustigó a las mujeres con un sermón tan poco cristiano, que muchas se fueron en llanto y el resto en vez de hacer la cola para tomar la ostia, la hicieron en el confesionario donde una por una fue relatando los pecados lujuriosos, no de ellas, sino de sus hijos y maridos, y hasta pidieron la penitencia envuelta para llevar a que la cumplieran aquellos. Las adoradoras de María, en cambio, se fueron directo a la casa parroquial a esperar al inquilino para actualizarlo y buscar en él alguna ayuda espiritual para espantar el hechizo que dominaba la voluntad de sus parejas y novios.

Mientras los hombres soñaban con invadir el corazón de Lucila y ser favorecidos, aunque fuera con una sonrisa, las mujeres ardían de celos y en cada grupo, a la salida de la misa, en la visita a un enfermo o en la tertulia de la tarde, compartían sus pesares, sus temores, su desgracia. Cuando la rabia las atormentaba llegaban a inventar que no sé en qué lugar había pasado lo mismo y al final resultó ser una bruja que terminó linchada o tuvo que huir antes que le prendieran la casa.

Cuando salía agua jabonosa por el albañal que desemboca en la acera, las mentes más avisadas recorrían su cuerpo desnudo recibiendo la caricia del agua, y el deseo natural de la adolescencia no tardaba en reflejarse en sus partes íntimas, aunque algunos lograban disimularla cruzando las piernas o metiendo las manos en el bolsillo para anchar su pantalón.

Lucila salía solo dos veces en el día, y su presencia despertaba la musa de los piropeadores que lanzaban su dardo directo al corazón. No me beses todavía que quiero seguir viviendo, le decían, y ella agradecía con una sonrisa que paralizaba. Quisiera besar tus poros para saber cuántos son, y ella agradecía abanicando su mano derecha a nivel de sus hombros. Un muchacho con habilidades plásticas, aprovechaba cada salida para trazar en un lienzo improvisado, unas pinceladas que poco a poco iban tomando forma de rostro

La última mañana que pasó Lucila en casa de Manuela se levantó más temprano que de costumbre, hizo la cama, recogió los trastes y pasó una escoba en todas las habitaciones. Se vistió con la misma ropa que había llegado, preparó el bolso de viaje, tomó café y salió a la calle caminando con el mismo movimiento de caderas que enloquecía a los mirones apostados a ambos lados de la vía. Llegó hasta la prefectura y entregó al secretario un papel con sus datos personales, nombre y fecha de nacimiento, acompañados por dos timbres fiscales de los requeridos para esas diligencias, y le pidió con voz educada, aunque un poco gruesa para su apariencia fina, una copia en original de su partida de nacimiento. El secretario un poco aturdido por la presencia y el perfume que bañaba todo el recinto, leyó los datos y, ahora sorprendido la miró de arriba abajo, luego entró a la oficina de archivos, ubicó el libro del año señalado y empezó a mecanografiar con manos temblorosas el texto del acta. Al terminar la hizo firmar por la autoridad, le colocó el sello de la nación y volvió

a leerla antes de entregarla. Lucila cruzó las piernas de manera sensual pero delicada y se dispuso a revisar cada dato del documento, para no tener que regresar luego por alguna corrección. En el párrafo de presentación se leía claramente " presentó un niño varón que lleva por nombre Héctor Enrique". Guardó la hoja en el neceser y extrajo un bolígrafo para firmar la nota de recibo que le requería el funcionario. Leyó y firmó en la parte correspondiente, colocando los trazos de su firma y un paréntesis que encerraba en letra clara, Lucila. Luego se despidió con sonrisa agradable y detuvo un taxi que pronto se perdió con ella en la distancia.